

DISCURSO DE CONTESTACION AL DE DON RAFAEL CABANAS, POR DON JUAN GOMEZ CRESPO

Por variados motivos me resulta un grato y honroso encargo el expresar en nombre de la Academia la íntima satisfacción con que todos nos asociamos a este solemne acto, de recibir como académico numerario a don Rafael Cabanás Pareja, que viene colaborando activamente en las tareas propias de la Corporación, desde que fue designado Correspondiente en 1961, con una positiva y perseverante dedicación.

Entre estas especiales motivaciones debo destacar en primer término nuestra común dedicación a la enseñanza media oficial, precisamente en el mismo Instituto, entonces denominado General y Técnico, en que ambos cursamos los estudios de bachillerato, y junto a esto, la participación en las tareas académicas y en estudios afines.

De la meritoria labor didáctica y científica del nuevo académico numerario da prueba fehaciente su hoja de servicios, en la que junto a una fecunda labor docente iniciada en el magisterio nacional primario y continuada en la enseñanza media, va acompañada con ejemplar constancia de una ininterrumpida labor de investigación científica, de la que son buena prueba sus numerosas publicaciones, en libros y revistas, que confirman con plena evidencia su meritoria inquietud científica y cultural.

De familia vinculada de antiguo a Córdoba, nació don Rafael Cabanás en nuestra ciudad en 1913, aquí hizo, como ya he dicho, los estudios del bachillerato, y los de maestro de primera enseñanza en la Escuela Normal de Maestros de esta capital, y al ingresar en el Magisterio Nacional tuvo a su cargo la escuela de Cerro Muriano, de 1934 a 1950.

En la Universidad de Madrid cursó las enseñanzas de Ciencias Naturales, alcanza el premio extraordinario en el doctorado y al obtener la cátedra de esa especialidad en la enseñanza media oficial, el año 1950, presta primero sus servicios como agregado en un centro docente de la Alta Comisaría de España en Marruecos, y después, por concurso de traslado, pasa al Instituto de Linares.

Desde 1956 desempeña la cátedra de Ciencias Naturales del único Instituto Nacional de Enseñanza Media existente en Córdoba en esa fecha; en la actualidad está destinado en el Instituto "Luis de Góngora" y es profesor de Geología en la Facultad de Veterinaria de nuestra capital.

Muestra bien patente de la sólida formación científica del Dr. Cabanás

es el gran número de entidades culturales en las que viene prestando su colaboración: becario del Instituto de Estudios Africanos, colaborador del Instituto Geológico y Minero de España, geólogo colaborador de la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir, colaborador del Instituto José de Acosta, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Nuestra Academia lo inscribió hace años entre sus miembros y la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales le otorgó en 1964 el Premio Castellarnau.

Geólogo por vocación, verdadero enamorado de la naturaleza, se distingue la labor científica del doctor Cabanás por su carácter eminentemente práctico, ya que sus estudios son producto de recorrer nuestra tierra en las más diversas direcciones pues nada más ajeno a su formación que la erudición meramente libresca. Su paso por la que fue Zona del protectorado español en Marruecos y por la mayoría de las provincias andaluzas (Córdoba y Jaén, principalmente), le dio ocasión de conocer y estudiar paisajes bien diferentes, que luego describe con el más riguroso método científico y con el cariño del que siente la más entrañable admiración por nuestra madre la tierra.

La perseverante inquietud científica que distingue a nuestro compañero le acredita suficientemente con esa extensa lista de estudios aparecidos en las más prestigiosas publicaciones especializadas en esos temas: "Estudios geológicos", "Estudios geográficos", "Acta geológica hispánica", de Barcelona; "Breviora geológica Astúrica", de Oviedo, y en los boletines del Instituto Geológico y Minero de España, Real Academia de Ciencias, de Madrid, Instituto de Estudios Giennenses y en el de nuestra Academia, entre otros.

Figuran entre esos meritorios estudios los dedicados a la "Geología y Geografía Física y Humana del valle de Lucus", que utilizó como tesis doctoral, y sus "Apuntes de Geografía de Marruecos"; diversas publicaciones referentes a la geología y geografía de la provincia de Jaén, entre ellas "La geología de la provincia de Jaén en relación con las obras hidráulicas" y estudios de análogo carácter sobre la provincia de Córdoba, como su ensayo geográfico sobre los Pedroches y las hojas geológicas del mapa 1/50.000 de Pozoblanco y El Viso.

También han merecido su atención las provincias de Almería, con su estudio sobre Nijar, y la de Málaga, con la "Guía del Torcal". Aportaciones a los estudios geológicos, de carácter general, son: "Algunos principios básicos de geomorfología", "Normas de interpretación de cartografía geológica" y "El devónico en España", en colaboración con el Dr. N. Llopis,

trabajo presentado al congreso geológico internacional de Calgary (Canadá).

Trabajar para un más exacto conocimiento del suelo en que habitamos, a base de minuciosos estudios geológicos y geográficos, explicar el modelado terrestre y las causas que lo han originado, los múltiples aspectos del roquedo y sus componentes, estudiar el trazado de nuestras costas, el recorrido y régimen de los ríos, los factores climáticos y sus variaciones, la diversidad de asociaciones vegetales y los complejos hechos derivados de la ocupación de la tierra por el hombre, es sin duda una loable preocupación, que acredita sobradamente la bien probada inquietud científica de nuestro compañero.

Tan continuada dedicación a desentrañar los secretos de la tierra y develar los misterios de las pasadas edades geológicas, se refleja en el hecho de que su nombre haya quedado unido a denominaciones científicas como en "anthoienites cabanasi" y el "pachecocyathus cabanasi", éste último dado por el profesor Perejón a un nuevo género y especie de fósil perteneciente al período cámbrico, encontrado en las inmediaciones de las Ermitas.

A esta clase de trabajos científicos de don Rafael Cabanás pertenece el discurso que acabamos de escuchar, referido a una entrañable parcela del solar cordobés. Mientras otros escriben tantos ensayos intrascendentes sobre la problemática de Andalucía, el profesor Cabanás muestra el único camino a seguir. Llegar al más completo conocimiento de nuestra tierra, que es sin duda el punto de partido imprescindible para resolver los graves problemas planteados. En ese sentido la geología y la geografía aplicadas, a que dedica su atención preferente don Rafael Cabanás, constituyen la base de todo intento de planificación local y regional, necesidad inaplazable para sacar a estas provincias de su evidente situación de áreas deprimidas.

Pero considero obligado hacer constar que con esta labor continúa el señor Cabanás una brillante tradición de los que han tenido a su cargo la cátedra de Ciencias Naturales del viejo Instituto cordobés, en el que han servido profesores que a lo largo de más de una centuria vienen demostrando cumplidamente una verdadera preocupación por el mejor desarrollo de esos estudios con nombres tan prestigiosos como los de Amor y Mayor, Sentenach, Hernández Pacheco, Jordano y Carandell, que acreditan suficientemente el bien merecido prestigio logrado por esos profesores en su labor científica y didáctica.

LOS INSTITUTOS DE SEGUNDA ENSEÑANZA Y SU LABOR FORMATIVA

La fundación de los Institutos de segunda enseñanza en las entonces 49 capitales de provincia y en algunas otras poblaciones importantes, con motivo de la publicación del plan de estudios de 1845, fue obra destacada del ministro Pidal, que contó con el asesoramiento técnico de Gil de Zárate, y supuso un notable esfuerzo, en orden al mejoramiento cultural de nuestro pueblo, pues hubo que improvisarlo todo, con la notoria penuria que a la sazón había en los gastos públicos.

Entre las materias de estudio que fueron objeto de mayor atención en aquella reforma docente, figuraban las Ciencias Naturales, aunque en general la labor desarrollada por aquel profesorado es poco conocida, pues de todos es sabido que los historiadores han dedicado un mayor interés por describir preferentemente las peripecias políticas o incluso aspectos relacionados con las costumbres de la época, como el toreo o el cuplé, mientras apenas se ha prestado atención a la labor callada y eficaz del profesorado, muchas veces incomprendida o en el mejor de los casos ignorada, como hemos visto recientemente con motivo de la publicación por el Ministerio de Educación y Ciencia de "La educación en España. Bases para una política educativa", conocida generalmente con la denominación de "Libro Blanco", que refiriéndose al profesorado oficial de bachillerato no ha encontrado otra cosa digna de hacer notar que lo que llama "tendencia a la enseñanza expositiva y verbalista", lo que indica al menos una evidente falta de información por quienes están más obligados a conocer estas cuestiones, siendo notoria ligereza que se aprovecha la alta jerarquía de que se está investido para hacer generalizaciones que en todo caso son improcedentes.

De la irreflexión con que es corriente ocuparse de estos asuntos da idea el que, en un artículo publicado en el Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural sobre la influencia ejercida por dicha sociedad en la divulgación y enseñanza de las Ciencias Naturales en nuestra patria, se fija la renovación de esos métodos a fines del siglo XIX y primeros años del siglo actual. "La Historia Natural deja de ser un ingente fichero de nombres latinos, guardados en él para adjudicárselo a las especies orgánicas, a guisa de extraños motes diferenciativos. Los trabajos de laboratorio y las salidas al campo muestran la esencia del contenido de la naturaleza. Y como mentores de la orientación del alumno en tales trabajos surgen las guías de ejercicios prácticos, comenzando en 1903 con la del

benemérito maestro don Eduardo Hernández Pacheco, que tanto honró la clase de los catedráticos de Historia Natural de nuestros Institutos cuando lo fuera del de Córdoba".

Se refiere al libro "Prácticas elementales de Historia Natural" de tan considerable valor pedagógico, publicado por el señor Hernández Pacheco, precisamente cuando era catedrático del Instituto de Córdoba en los primeros años del presente siglo.

Pero sin menoscabo de la excepcional tarea del señor Hernández Pacheco (de la que seguidamente haré cumplido elogio) es de justicia señalar que ya desde la fundación del Instituto de Córdoba se hace referencia a la enseñanza de las Ciencias Naturales basada en la observación y experimentación, como una de las principales innovaciones introducidas en el nuevo centro.

DON FERNANDO AMOR Y MAYOR

A ello contribuyó de modo destacado el primer catedrático de Historia Natural don Fernando Amor y Mayor, nacido en Madrid en 1820, que prestó sus servicios en el Instituto de Córdoba desde 1847 con carácter interino, quedando en propiedad en el año 1851.

Pronto demostró don Fernando Amor singular competencia en la materia que tenía a su cargo, infatigable laboriosidad y profunda vocación docente, como pudo apreciar en 1849 el rector de la Universidad de Sevilla doctor Fernández Negrete, en visita efectuada al Instituto de Córdoba en esa fecha.

Las principales tareas del joven catedrático fueron dotar al Instituto de jardín botánico y gabinete de Historia Natural, para lo que se valió en gran parte de cambios efectuados con naturalistas españoles y extranjeros y para ello se preocupó de mantener frecuentes relaciones científicas, entre las que merecen destacarse las que tuvo con los entomólogos franceses Tanier y Marseu y con sus antiguos profesores Graells y Pérez Arcas.

Merced a tan ímprobos esfuerzos logró reunir una colección mineralógica en la que figuraban 120 ejemplares de rocas de los diferentes partidos judiciales de nuestra provincia, acompañada de una memoria descriptiva; una colección de fósiles de la provincia; un herbario con mil especies de plantas, también del área provincial, que incluía casi toda su flora, formada durante doce años y una colección forestal también de los territorios provinciales.

Esta colección fue presentada a las exposiciones agrícolas de Madrid

y Sevilla, recibiendo en la primera medalla de plata y tres de bronce y en la segunda una muy especial mención honorífica.

A más de esta considerable labor didáctica y de investigación científica, destaca la activa cooperación del profesor Amor en diferentes organismos de carácter oficial. Así en 1849 perteneció a la Comisión Provincial para informar al Gobierno sobre el sistema de pesas y medidas utilizado en la provincia de Córdoba; dos años después la Junta de Agricultura de la provincia lo comisionó a fin de que pasara a Sevilla por el Guadalquivir e informase sobre el resultado de un ensayo de transporte de productos agrícolas en balsas, según un sistema ideado por Mr. Rosi, y en 1854 por encargo de la citada Junta dirigió la campaña de destrucción de la langosta, que tuvo por aquellas fechas considerable desarrollo.

En 1850 formó parte de la comisión encargada de promover la concurrencia a la Exposición Universal de Londres, y posteriormente fue comisionado por la Diputación Provincial de Córdoba para asistir a la Exposición de París de 1855, siendo galardonado en dichos certámenes por la colección de minerales que presentó en la primera y por la de insectos que atacan el arbolado en la última.

También le encargó la Diputación cordobesa, en su visita a la Exposición de París, la doble misión de dar a conocer allí los productos cordobeses y recoger los principales adelantos de la agricultura e industria con ella relacionados. Para ejecutar cumplidamente este cometido publicó sus "Estudios sobre la Agricultura", en los que se ocupa de los cultivos que conviene extender o ensayar en la provincia de Córdoba, maquinaria agrícola, abonos, aparatos que intervienen en industrias relacionadas con la agricultura y en riegos de desagüe de tierras y medios de conservar los productos agrícolas y ganaderos.

Nombrado don Fernando Amor director de la Escuela de Agricultura, fundada en el Instituto de Córdoba en 1858, dedicó al nuevo centro una especial preocupación y dio a su labor un carácter eminentemente práctico, de lo que eran buena prueba las frecuentes expediciones científicas realizadas por los alumnos en la provincia, ya que les era posible dedicarse más de lleno al estudio de la naturaleza que los alumnos de los estudios generales. Con estas expediciones aquellos escolares llegarían a obtener un apreciable caudal de datos sobre la fauna, flora y mineralogía del país.

En julio y agosto de 1859 tuvo lugar su viaje a Tánger y Tetuán, dos meses antes de la guerra hispano-marroquí llamada por muchos la guerra romántica. Aquella excursión ofrece el interés de ser uno de los primeros viajes con fines científicos realizados a Marruecos. Sus impresiones y datos

los publicó en el periódico "La Andalucía", y más tarde en un folleto curioso y ameno titulado "Recuerdo de un viaje a Marruecos", publicado en Sevilla el mismo año 1859.

En su escrito se refiere Amor a la fauna y flora de aquellos territorios y habla también de los naturalistas que conoció con este motivo, y aunque no se refiriera concretamente a las Ciencias Naturales alude al médico cordobés don Dionisio González, cirujano laborioso y hábil operador y oculista, que había recogido datos curiosos sobre las costumbres de los indígenas y que por su profesión pudo observar algunas interioridades que a los demás estaban completamente vedadas.

En opinión de don Tomás García Figueras el folleto de Amor adolece de falta de precisiones respecto a los lugares recogidos, si bien sus observaciones sobre la flora y la fauna no dejan de tener interés, como no deja de tenerlo también, el hecho de que dos meses antes de la guerra hispano-marroquí de 1859-60 pudiera hacerse sin dificultad para un extranjero, el recorrido Tánger-Tetuán por el Fondak.

En junio de 1862 pasó Amor a petición propia al Instituto de Valladolid. Este traslado de Córdoba donde por la gran labor que había realizado estaba tan considerado, extrañó siempre a los biógrafos de Amor, extremo que fue aclarado por don José Amo en el Boletín de nuestra Academia. Según las noticias de don José Amo esta medida de trasladarse de Córdoba estaba motivada porque don Fernando Amor había contraído ciertos compromisos amorosos con una joven cordobesa, imposibles de cumplir dentro del severo y rígido ordenamiento sociojurídico de la época, pues don Fernando Amor estaba ordenado de diácono.

En agosto del mismo año embarcaba en Cádiz formando parte de la expedición científica española al Pacífico, en la que tenía a su cargo las secciones de Entomología y Geología. Los expedicionarios hicieron escala en Canarias, Cabo Verde, Brasil, Montevideo y Buenos Aires.

En esta ciudad se dividió la Comisión, pues unos siguieron a Chile por vía marítima, mientras que otros, entre los que figuraba Amor, cruzaron las Pampas y los Andes, hasta llegar a Valparaíso. Posteriormente visitó nuestro viajero las minas de Copiapó y el desierto de Atacama, donde recogió una colección de rocas y minerales.

Ya enfermo embarcó en la fragata "Triunfo", para San Francisco de California y cuando llegó a dicha ciudad su estado era tan desesperado que falleció el 21 de octubre de 1863. Para que nada faltara en este final desgraciado, sus apuntes diario y efectos no llegaron a su destino, pues perecieron en el incendio de la fragata "Triunfo", acaecido en las islas Chinchas.

DON EDUARDO HERNANDEZ PACHECO

Otro insigne maestro que prestigió la cátedra de Ciencias Naturales de nuestro Instituto fue don Eduardo Hernández Pacheco, que la ocupó desde 1899 a 1910.

Los escolares cordobeses de aquellos años tuvieron la fortuna de recibir las primicias de tan eminente profesor que desde un primer momento supo dar a sus enseñanzas un carácter esencialmente práctico, con ejercicios de laboratorio y excursiones científicas.

A más de sus tareas docentes con sus alumnos de bachillerato, también fué D. Eduardo teniente alcalde del Ayuntamiento de Córdoba durante aquellos años, tuvo una destacada participación en la brillante campaña de extensión cultural que por entonces desarrolló en nuestra ciudad un grupo de beneméritas personalidades, siguiendo un movimiento de regeneración nacional, tras el desastre del 98, que fue iniciado por la Universidad de Oviedo y que alcanzó amplio eco en buena parte de la geografía española.

En un curioso folleto titulado "Extensión de enseñanza en el Instituto de Córdoba. Memoria de los cursos 1905 y 1906", recogió el señor Hernández Pacheco los aspectos más interesantes de la labor realizada, que tenía como fundamental objetivo promover la ilustración de las clases obreras, ya que hacía algunos lustros irrumpían vigorosas en la vida política del país de la que, hasta entonces, habían estado prácticamente ausentes.

Secretario del Instituto de 1903 a 1908, la redacción de las memorias anuales que preceptivamente debía de leer en el acto de inauguración del curso académico, le dieron ocasión a ocuparse de variadas cuestiones didácticas y pedagógicas.

En su opinión los escuetos datos estadísticos que figuraban en esas memorias no eran suficientes para dar una idea del adecuado desenvolvimiento pedagógico de los centros docentes, pues a su juicio debían ir acompañados de una ligera reseña de los procedimientos de enseñanza empleados y de las modificaciones que debían efectuarse, exponiendo sinceramente las ventajas e inconvenientes que presenten para el mejor aprovechamiento de los alumnos. Con ello se contribuiría en su opinión "a quitar de nuestros Institutos el carácter de uniformidad oficinescas que se nota en ellos". A su juicio esas variaciones eran particularmente necesarias en la enseñanza de las ciencias Físico-químicas y Naturales.

Pese a lo exíguo de las dotaciones hacía constar que el Instituto de Córdoba había hecho posible esta enseñanza práctica, con ejercicios de

laboratorio y museo y excursiones científicas, con lo que el alumno aprende no sólo "lo que oye sino lo que hace y ve hacer".

Se refiere a los excelentes resultados obtenidos en sus enseñanzas por el catedrático de Física y Química señor Olbás, de lo que eran gallardas muestras los numerosos productos químicos obtenidos por los alumnos en el laboratorio. "El trabajo, dice, se les hace de este modo tan agradable a los escolares, que aunque estas clases no son de asistencia obligatoria, no hay necesidad de pasar lista en ellas, pues ninguno falta voluntariamente". Esto proporciona además un contacto más íntimo entre profesores y alumnos, lo que era sin duda a su modo de ver un dato positivo más para el mejoramiento de las enseñanzas.

En la memoria del curso de 1904 a 1905 expone sus ideas sobre el sistema de exámenes e indica la ventaja de dividir las clases numerosas para poder comprobar con frecuencia el aprovechamiento de los alumnos.

Entre las obras publicadas por el profesor Hernández Pacheco durante sus años de enseñanza en Córdoba, además del libro para ejercicios prácticos al que se ha hecho referencia figuran:

"Algunos hongos casaliormicetos, recolectados en las alrededores de Córdoba".

"Relación de algunos terremotos ocurridos durante la dominación de los árabes en España".

"Los martillos de piedra en las antiguas minas de cobre de la sierra de Córdoba".

Cuando en 1944 pronunció el profesor Hernández Pacheco una conferencia en Córdoba, con motivo del Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, aludiría con nostalgia entrañable a las clases de botánica que en los meses de primavera solía dar en el jardín botánico del Instituto en aquellos años en que iniciara ilusionado sus tareas docentes.

Al obtener en 1910 la cátedra de Geología de la Universidad de Madrid, tuvo ocasión de desarrollar desde dicha cátedra una prolongada labor didáctica hasta 1942. Durante esos años su fecunda tarea se encaminó principalmente al estudio del paisaje español, que describió amorosamente en sus más variados escenarios, no sólo como investigador de sus variados componentes fisiográficos, sino con el delicado sentimiento de un poeta.

Cerca de dos centenares de trabajos científicos, entre los que destaca la "Síntesis fisiográfica y geológica de España" y la "Fisiografía del solar hispano", acreditan suficientemente su incansable laboriosidad, méritos que le llevaron a ocupar la presidencia de las Reales Sociedades Geográfica y de Historia Natural y a pertenecer como académico de número

a la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y a otras muchas corporaciones, entre ellas, como numerario, a la Academia cordobesa.

DON JUAN CARANDELL PERICAY

Entre 1927 a 1936 tuvo a su cargo la cátedra de Ciencias Naturales del Instituto cordobés don Juan Carandell Pericay, nacido en Figueras (Gerona), que inició sus tareas didácticas en 1917, en el Instituto de Cabra.

Desde un primer momento se distinguió Carandell por sus acertados métodos pedagógicos, mostrándose opuesto al memorismo, entonces tan frecuente. Sus enseñanzas se distinguían por el carácter formativo, con frecuentes ejercicios prácticos, dibujos, excursiones y paseos, como el procedimiento más adecuado para desarrollar en sus alumnos el amor a la Naturaleza. Pero bien entendido que nunca hizo esto con la rigidez del mero especialista, pues su espíritu estaba abierto a las más variadas inquietudes, por lo que cuando la ocasión lo deparaba, completaba sus explicaciones con alusiones a las materias más diversas.

Por cursar yo entonces el bachillerato en el Instituto de Córdoba, aunque no tuve la fortuna de asistir a sus clases, tuve noticias por condiscípulos míos de su infatigable trabajo en la cátedra y de los sugestivos métodos pedagógicos que aplicaba.

Uno de sus discípulos, nuestro malogrado compañero Ricardo Molina, atestiguaba que su clase se distinguía por la sabia armonía con que acertaba a conciliar en su ejemplar magisterio la más estricta especialización con el más universal interés por todo saber y todo arte. En su opinión respondían sus enseñanzas al ideal humanístico de la generación del noventa y ocho.

"Catedráticos como Carandell, dice Molina, son honra y ejemplo permanentes de la enseñanza oficial española. El nunca se adocenó en la calma de la cátedra poseída... Siempre trabajador, siempre investigador, siempre estudioso, dominando varios idiomas, aprendiendo siempre otros, don Juan nos ha dejado importantes trabajos de investigación sobre Córdoba".

Su amplia bibliográfica, que comprende más de un centenar de títulos, se puede clasificar en los siguientes apartados:

a) Sus primeros estudios geológicos, particularmente sobre el glaciario cuaternario de las regiones centrales españolas, en colaboración muchos de ellos con el maestro de los prehistoriadores españoles, don Hugo Obermaier.

b) Publicaciones geológicas y geográficas sobre la región andaluza, entre ellas su discurso de ingreso en la Academia cordobesa. Como ya hizo notar don Antonio Gil Muñoz, en su discurso de contestación, se ob-

serva una marcada preferencia en sus estudios por los temas de geografía andaluza, y el estudio del suelo lo llevó a interesarse por los problemas de Geografía humana.

c) Trabajos de divulgación de las publicaciones más interesantes de la Ciencia geológica extranjera, entre ellos los "Principios de la Geografía Física", obra fundamental del fisiógrafo norteamericano William Morris Davis.

d) En relación con sus estudios de Geografía Humana hay que señalar los que hizo sobre economía agraria cordobesa, del que es ejemplo la "Distribución y estructura de la propiedad rural en la provincia de Córdoba".

e) Un último grupo cabe hacer con sus trabajos sobre temas didácticos y literarios, y la traducción, en colaboración con don Angel Cruz Rueda, de la obra del doctor Werner Muler, sobre Azorín.

La notable aportación realizada por Carandell a los estudios geológicos y geográficos ha dejado huella permanente como acreditan los artículos que dedicaron a su obra los catedráticos Solé Sabarís, Barras Aragón y Hernández Pacheco (don Eduardo). Los estudios de Carandell sobre geografía andaluza no han perdido su actualidad y sería una contribución valiosa al conocimiento de nuestra tierra, y un homenaje a Carandell, el que se reeditaron en un solo volumen, pues por haberse editado en publicaciones muy variadas y de difícil adquisición resulta prácticamente imposible su consulta.

He aquí expuesta en breve síntesis la tarea didáctica desarrollada a lo largo de más de siglo y cuarto por tres de los titulares de la cátedra de Ciencias Naturales, de nuestro Instituto. Una fecunda labor didáctica con los alumnos, teórica y práctica, completada con las tareas de investigación científica que se manifiesta en múltiples publicaciones dedicadas al mejor conocimiento de la geología y geografía patrias.

Conocedor de lo refractario que es nuestro compañero a todo cuanto significa enaltecimiento de sus méritos personales, he creído preferible destacar los de esos tres insignes profesores ya olvidados, que le precedieron en su tarea docente e investigadora, de los que él ha sabido ser digno continuador.

Pero sería injusta omisión que yo no destacara cómo ha sabido ser agradecido a los que fueron sus maestros, a los que alude con frecuencia en sus escritos y a los que dedica, con reverente devoción, algunas de sus publicaciones. Así su estudio sobre "Las terrazas cuaternarias del Guadalquivir y sus afluentes, en la provincia de Jaén", va precedido de una dedicatoria a don Juan Carandell y otro tanto hizo con Hernández Pacheco.

Junto a esto hay que destacar su preocupación verdaderamente paternal por sus alumnos. Debo recordar a este respecto la entusiasta admiración con que resaltaba hace unos meses, en una de las sesiones académicas, los trabajos que el profesor Perejón viene realizando en las alturas de las Ermitas, en terrenos ya estudiados por don Eduardo Hernández Pacheco.

Porque aquí está sin duda la mayor responsabilidad y grandeza de la profesión docente: saber despertar vocaciones en los alumnos que han de ser los continuadores de la noble empresa cultural. Esa fue la labor del catedrático de Latín del Instituto de Santander, don Francisco María Ganuza, con Menéndez Pelayo, que guardaría permanentemente devoción por su maestro, al que llamaría "humanista de verdad"; Echegaray, en sus "Memorias" relata con admiración las enseñanzas recibidas en el Instituto de Murcia; otro tanto hace Cajal con uno de sus profesores del Instituto de Huesca, don Ramón Abadías, luego titular de la cátedra de Dibujo en nuestro Instituto. Y por citar a otra figura igualmente destacada bueno es recordar que cuando se concedió el Premio Nobel a don Severo Ochoa manifestó repetidas veces que su vocación científica se despertó en los trabajos del laboratorio de Física y Química del Instituto de Málaga.

A esta clase de profesores pertenece don Rafael Cabanás, que en sus enseñanzas no sólo sabe transmitir conocimientos sino despertar vocaciones, en ese afán de conocer la tierra, en excursiones con sus alumnos, a los que pone en contacto con la Naturaleza, como antes de él hicieron tantos otros insignes maestros del Instituto, en contraste con ese tipo de enseñanza exclusivamente memorista que, según algunos, era la que exclusivamente se ha venido impartiendo en los centros oficiales de enseñanza media. Creo que la labor desarrollada por estos profesores, de los que ha sido digno continuador don Rafael Cabanás, acredita de modo fehaciente que, en no pocos casos, se ha venido dando una enseñanza bien distinta de lo que, con notoria displicencia, se han complacido en propalar espíritus irreflexivos, dados a generalizar sin contar con exactos elementos de juicio, o llevados de un morboso afán de señalar defectos ajenos.

Por el contrario, el atento examen de las actividades docentes desarrolladas por esos profesores, tanto en sus cátedras como en el seno de esta Corporación a cuyos trabajos supieron cooperar todos ellos, de modo valioso, indica cuán sobradamente son acreedores a nuestro más admirado recuerdo.

Al hacer este inventario de los afanes que día a día guiaron a estos profesores, cuya tarea ha sabido proseguir don Rafael Cabanás, es para mí motivo de particular satisfacción el darle la más cordial bienvenida en nombre del cuerpo académico.